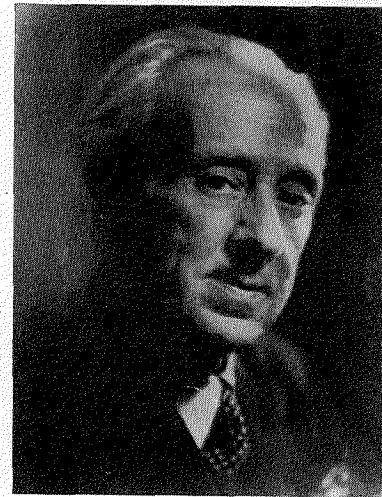


Fernando VALERA

Don ALVARO DE ALBORNOZ



IMPRIMERIE DES GONDOLES

4 et 6, rue Chevreul
CHOISY-LE-ROI (Seine)

CUADERNOS REPUBLICANOS
1959

Fernando VALERA

Don ALVARO DE ALBORNOZ

CUADERNOS REPUBLICANOS
1959

Tratemos mejor a nuestros poetas
mientras viven y cantan. No esperemos
a su muerte para coronarlos de rosas.
Procuremos comprender su obra y esti-
mularles antes de que su lira enmudezca.
Esforcémonos por endulzar su vida, ya
que ellos se afanan por embellecer la
de todos.

José Antonio BALBONTIN
«Tres poetas de España»

Discurso pronunciado el día 22 de oc-
tubre de 1955, en París, al conmemorar
el primer aniversario de la muerte de
D. Alvaro de Albornoz.

I. — PRESENCIA DE ALBORNOZ

NO habría gustado don Alvaro de una velada necrológica dedicada a su memoria. Los elogios póstumos entre españoles le parecían una compensación insuficiente por las críticas injustas con que los contemporáneos suelen amargar la vida de los hombres egregios. El mismo lo ha dicho comentando la muerte de Galdós: «La popularidad en España no suele llegar para los grandes hombres hasta el cementerio». El día de las alabanzas es proverbialmente el de los funerales.

Antiguo debe de ser el mal, y no exclusivo de la envidia española que Albornoz, como Unamuno, fustigaba, pues que hace ya veinticuatro siglos el clásico ateniense escribía aquello de: «envidiase a los que viven porque son nuestros rivales, mas con ánimo benévolo se honra, ya sin rivalidad, a los que han dejado de ser obstáculo para nuestras ambiciones».

Uno de los temas favoritos de mis coloquios con don Alvaro versaba precisamente sobre la indignación que a ambos nos producía esa inclinación de España a envenenar con la baba de la envidia y de la maledicencia la vida de sus hijos ilustres, reservando las honras para el día de los funerales. «Y es que en todo español —decía don Alvaro— hay un hidalguelo resentido. Sobriedad y orgullo. Poso amargo de las almas».

España es en efecto una patria terrible, madrastra feroz de sus hijos, que parece haberse complacido en atormentar, deshonorar, desterrar, encarcelar y exterminar a los mejores, sin perjuicio de apropiarse después de muertos sus glorias inmarcesibles. Díganlo los grandes héroes y capitanes, que siempre recibieron la ingratitud, la cárcel o la muerte en pago de sus hazañas, ya se trate de guerreros fabulosos como

Viriato, El Cid, Bernardo el Carpio o Fernán González, ya de navegantes eximios como Colón y don Alvaro de Bazán; ora de insignes capitanes como Gonzalo de Córdoba, el Duque de Alba a quien Felipe II mandó a la conquista de Portugal sin quitarle los grilletes, o el Duque de Osuna «a quien dieron cárcel y muerte las Españas»; ora de conquistadores como Hernán Cortés o de guerrilleros como el Empecinado.

Diganlo nuestros poetas desde el dulce Garcilaso, hasta nuestro contemporáneo Antonio Machado, pasando por el neoclásico Jovellanos y por el romántico Espronceda. Casi todos los libros más celebrados de la literatura española fueron concebidos en la cárcel o en el destierro; el «Libro del Buen Amor» del genial arcipreste; «El Quijote», los sublimes tratados filosóficos y políticos del gran Quevedo, o los deliciosos «Diálogos de los nombres de Cristo» de Fray Luis de León.

Diganlo en fin nuestros Santos. De San Vicente Ferrer se cuenta que, expulsado de su patria por la calumnia, sacudió hasta el polvo de sus sandalias al marcharse para siempre de su Valencia. A las afueras de Avila hay un templete que conmemora una escena parecida atribuida a Santa Teresa de Jesús, pisotada a la puerta del convento de monjas relajadas que no querían aceptar los rigores y austeridades de su Reforma. San Juan de la Cruz concibió los arrobos de la «Noche Oscura del Alma», en la oscura noche de una letrina del convento carmelitano de Toledo, convertida en mazmorra, donde los frailes de la comunidad descendían a diario antes de las colaciones para abrirse el apetito dando sendos latigazos —y qué latigazos, latigazos de fraile— en las desgarradas y sufridas espaldas del Santo. Y hasta San Ignacio de Loyola, hartado de sufrir injurias y encarcelamientos de sus compatriotas, se desterró voluntariamente durante los veintidós últimos años de su vida, buscando en otras tierras más hospitalarias campo abierto donde desplegar sus altas empresas de caballero andante a lo divino.

No; una velada necrológica, no. Una noche de presencia entre nosotros del pensamiento vivo de don Alvaro, de nuestro don Alvaro, para que nos sirva una vez más de guía y ejemplo en nuestro propio calvario de españoles honrados y, por lo tanto, perseguidos. Y para que sirva de luminaria a las futuras hornadas de liberales y republicanos.

II. — ALBORNOZ, GUIA Y MAESTRO. — EL POETA DE LA LIBERTAD

Don Alvaro nos ha legado su bellissimo testamento político en una obra póstuma: **Semblanzas Españolas**. Un libro que recoge las esencias dispersas de su siembra de apóstol de la democracia y profeta de la libertad, lanzadas al voley, generosamente, sobre los áridos roquedales de la patria, a lo largo de su afanosa vida. ¡Cuántos de sus párrafos —iba a decir de sus estrofas— no son sino resonancias de las oraciones que le he escuchado durante los treinta años que duró nuestra convivencia, en discursos políticos o en pláticas íntimas!

Casi estoy por decir que no hay una línea de sus **Semblanzas** que no conociera yo por haberla oído fluir en el caudal viviente de su palabra. A la vez libro y poema, regalo de bellezas literarias para el lector, testamento político para sus discípulos y ofrenda póstuma para la patria.

Don Alvaro era un alma frecuentada por los espectros de la epopeya liberal española —la más trágica epopeya de la historia humana— y por eso sus **Semblanzas** son en realidad el poema de la España liberal, con sus héroes, sus mártires y sus verdugos. Permitidme lamentar que la política, al darnos en don Alvaro el más excelso de nuestros tribunos, nos haya privado del gran poeta civil que en él había; porque su prosa robusta y radiante, suena como las estrofas inéditas del gran poema civil que España no ha escrito todavía.

Las dos obras más genuinamente nacionales de nuestras letras, son dos obras en prosa, dos novelas, «**El Quijote**» y «**Los Episodios Nacionales**». España, que sin duda ha sido país de insignes poetas, no tuvo su poeta nacional que como Homero, Dante, Camoens, Shakespeare o Goethe, simbolice

a su patria. No tuvo tampoco, en los tiempos modernos, el gran poeta cívico que represente lo que Píndaro para la antigua Grecia, o Carducci para la moderna Italia, Uhland para Alemania, Víctor Hugo para Francia; ni siquiera lo que el blasfemo Curros Enríquez y la tierna Rosalía representan para Galicia, o el místico Verdaguer y el clásico Maragall para Cataluña.

Quintana pudo haber sido ese gran poeta civil. Aquel epifonema a la muerte de Nelson: «Inglés te aborrecí, héroe te admiro» sólo acaece en un excelso poeta cívico. Sus odas resuenan a ratos con una reciedumbre que no había logrado la lengua castellana desde los días de Fernando de Herrera, y Rodrigo Caro. Pero Quintana era demasiado retórico, clasicista y frío, y sus poemas parecen a veces discursos en verso.

Zorrilla era locuaz y vano; en sus versos hay más de bella y sonora hojarasca que de genuina sustancia poética. A Espronceda, que sí tenía la vocación civil y aun revolucionaria, y era un poeta soberano, le sobraba romanticismo y le faltó vida.

Modernamente, García Lorca, poeta monocorde y esotérico, supo sentir el alma popular, pero carecía de la cuerda cívica, y su único poema revolucionario ha sido su muerte, en la que actuó más como víctima que como héroe o mártir. Y Machado adolecía de su lirismo fundamental; vivía demasiado adentrado en «la fontana de su corazón, donde las abejas fabrican con las amarguras viejas, blanda cera y dulce miel»; estaba demasiado hechizado por sus páramos de Castilla, sus pinares —liras del monte— y sus alamedas —arpas del río—; verdad es que había vislumbrado de pasada el espectro de la paramera maldita «por donde cruza errante el alma de Caín», pero sólo tardíamente, durante la guerra civil, se evadió de la soledad, tímida y recoleta, grata a su espíritu, y se incorporó al pueblo, liberándose del sortilegio del paisaje y del alma, y restalló algunas estrofas cívicas tan estupendas como el soneto de la venta de España, «toda ella vendida de monte a monte y de mar a mar», o la maldición eterna del Caudillo. Acaso de no haber muerto al cruzar la frontera, el exilio habría acabado de madurar en él al gran poeta cívico de la epopeya de nuestra libertad.

Las *Semblanzas Españolas* de don Alvaro, aunque escritas en prosa, vienen a llenar el vacío poético de nuestra gesta civil y le instituyen como gran poeta de la libertad, después de haber sido su apóstol, profesor y maestro.

III. — ALBORNOZ Y LA NUEVA HORNADA LIBERAL DE ESPAÑA

Muchos indicios y revelaciones —voces que se filtran de la España silenciosa— nos dicen que allí está germinando, soterraña, una nueva mies liberal y republicana. Desgraciadamente, parece que nada sabe, ni quiera saber de nosotros, ni de las generaciones liberales que nos precedieron. Gravisimo error sólo explicable por altanería, ambición o ignorancia, tan nefasto, tan preñado de tragedia, como el en que incurrieron los neorrepublicanos de 1931 al ignorar o menospreciar a los republicanos históricos. «La generación de hoy —escribía a la sazón Albornoz— apenas nada sabe de Castelar». El lo atribuía a la falta de continuidad de nuestras tradiciones políticas, y a la envidia de los plumíferos tartamudos, instintivamente hostiles a los oradores. Sólo así se explica, en efecto, la estupidez aquella de apellidar «hombre del Sinaí», en son de burla, al más portentoso orador de España, que era además una cabeza poblada de conocimientos profundos y universales, y uno de los entendimientos de más agudo, claro y certero sentido político.

«El día que en las Cortes Constituyentes de 1931 se produjo la escisión entre el neorrepublicanismo, ilustre pero ingenuo, y el republicanismo histórico —ha escrito Albornoz— con sus taras y máculas pero con una gran experiencia histórica y de la vida, fuimos muchos los que sentimos que crujían las cuadernas de la República».

No sé qué genios infaustos inspiren al nuevo liberalismo de España ese menosprecio por el republicanismo histórico —al que todos nosotros pertenecemos ya, porque a él nos ha ido incorporando el triste privilegio de los años—, que tiene su martirologio, sus ejecutorias y sus derechos, mas también una enseñanza, un caudal de experiencia acumulada en la lucha y el destierro, y un tesoro de tradiciones nobilísimas. Lo que sí sé es que si (como efecto de una de esas rupturas

de la continuidad histórica —Albornoz las llamaba tajos— que aíslan entre sí los cortos amaneceres de la libertad, sumergidos en las prolongadas noches de tiranía que prevalecen desde hace 150 años en la historia cíclica de la España contemporánea), la nueva hornada liberal y republicana no puede, o no quiere, o no sabe beneficiarse de nuestro dolor y de nuestra experiencia, su destino, como el de las generaciones liberales precedentes, será una vez más perderse por los mismos pecados de ingenuidad y de inexperiencia en la manigua de una demagogia estéril, para sufrir finalmente la siega implacable de la prisión, del patíbulo o del destierro.

Don Alvaro de Albornoz, en lo que acertó y en lo que errara, tiene que ser uno de los hitos que señalen la buena senda de la nueva generación republicana. Su último libro resume —a manera de lluvia de estrellas— lo mejor de sus ideas y de su experiencia, que es la experiencia de siglo y medio de luchas trágicas de la libertad contra la tiranía, de la ciudad contra la caverna, de la cruz contra el hacha de pedernal; por eso debe ser para el republicano futuro, breviario y hontanar, donde los recién llegados al foro de la democracia, que no comenzó con ellos, se empapen del sentido profundo de la tragedia española, se enciendan en fervores patrióticos, se informen de los permanentes y profundos problemas españoles y reblandezcan sus rencores y arideces de alma de secano —páramo y pedregal— bañándose en la hermosa generosidad y grandeza de alma que era una de las más bellas cualidades de nuestro gran patricio.

Si; una de las más bellas cosas de Albornoz, que en su libro se pone de manifiesto, como se puso en su vida, era el ser uno de los pocos grandes españoles de su tiempo que no conoció el resentimiento ni la envidia. De sus **Semblanzas Españolas** hasta los tiranos y los verdugos salen engrandecidos. Precisamente una de las condiciones que más le repugnaban del General Franco era la falta de dimensiones físicas y morales del Caudillo; esa pequeñez medular, blandengue y viscosa, que le impide adquirir a pesar de sus infinitos crímenes, la talla de un gran tirano, como Narváez, o de un guerrero indómito y feroz como Cabrera o Zumalacárregui, hombres terribles y sanguinarios como él, pero al cabo altos, robustos, llenos de autenticidad española.

IV. — COMUNION CON LA VIDA Y LA MUERTE DEL MAESTRO

En 1925 o 26 tuvo lugar nuestro mutuo hallazgo personal. Nos conocíamos de antes por referencias de amigos comunes, y yo a él por sus artículos y libros. Fué por tierras de Alginet y Carlet. Hubo entre ambos desde el primer instante compenetración de culturas e ideales, más vigorosos y radiantes los suyos por razón de su temperamento que, como se complacía en recordarlo, reunía la reciedumbre de la montaña asturiana con la luminosidad y la exuberancia del mar latino. Los días que hubimos de convivir en aquellos andurriales, rodeados de labradores y correligionarios leales y admirables, pero rústicos, abrieron entre nosotros un diálogo que ya no se cerró jamás. Un diálogo de treinta años entre los que quiero señalar unas cuantas almenaras del recuerdo.

En 1931, ya en pie el P.R.R.S. (1) que pudo y debió ser la columna vertebral de la II República y por pecados de todos no pasó de ser un penacho de luz y de humo, juntos, él, Botella Asensi y yo, congregamos en el campo de Mestalla 70.000 correligionarios, una multitud hasta entonces nunca vista en la historia de los comicios populares de nuestra patria.

Nunca olvidaré, en las Cortes Constituyentes, mientras yo pronunciaba mi discurso en defensa del Estatuto de Cataluña (que lo sacó de uno de los baches en que amenazaban hundirlo la pasión de los adversarios y la torpeza de los amigos) con qué emoción me escuchaba, sentado él en el banco azul, remedando con sus labios mis palabras y hasta mis muecas. Y al terminar mi discurso entre las aclamaciones de la Cámara (el Estatuto estaba salvado) fué el primero en saltar del banco azul para expresarme con un abrazo su regocijo, con la emoción de un padre que asiste al triunfo

(1) Partido Republicano Radical Socialista.

de su hijo, o del maestro que se complace en la gloria de un discípulo predilecto. Porque su corazón era generoso, y aunque a veces, altanero, conocía la soberbia de los que se saben grandes, nunca experimentó el sentimiento de la envidia propio de los que, aunque engrandecidos por el azar, se saben en lo íntimo de su conciencia insignificantes.

Y recuerdo luego el 7 de noviembre de 1936, en Madrid. Y más tarde los días amargos del Gobierno de la República en el exilio, de 1947 a 1952, los años del Gran Desaliento, abandonado él, censurado, sitiado, hasta calumniado por amigos y adversarios; lleno de grandes ambiciones patrióticas, y reducido a la impotencia por la miseria de nuestros medios, y por la vileza de este siglo miserable que ha sucedido al glorioso siglo XIX, al que llamó estúpido, como el criado llama pequeño a su señor, porque lo mira en el espejo de su propia insignificancia.

Por cierto que el día en que don Alvaro constituyó su Gobierno —salida de don Quijote en que me confió a mí las menguadas alforjas de Sancho Panza, es decir, el sólo por eufemismo llamado Ministerio de Hacienda—, un refugiado anónimo deslizó por el resquicio de la puerta de mi casa un sobre cerrado, conteniendo un recorte del acto de Mestalla de 1931 en que aparecíamos Albornoz y yo abrazados ante la muchedumbre. Aquella muestra de devoción, tímida y callada, de un español anónimo que tuvo la elegancia de guardar el incógnito, me ha consolado de otras muchas injusticias, y me ha servido para contrastar cómo es de puro el oro de nuestra cantera popular, cuando no la cubre el musgo venenoso de la envidia, de la calumnia y de la maledicencia.

Yo mejor que nadie sé su lucha agónica contra el destino injusto, contra la incompreensión ciega, contra el desaliento y la claudicación que se había apoderado del exilio, al punto que los desalentados se irritaban y exasperaban de que alguien siguiera creyendo, luchando y esperando, como si el Gobierno republicano y no Franco, ni la traición universal, fuera culpable de sus desventuras.

Cuando en 1949 y 1950 venció Albornoz, con su tesón y talento, a la confabulación de las **democraturas** —que no democracias— occidentales, las cuales ya entonces jugaban a la rehabilitación de la dictadura falangista, nadie estimó ni valoró su esfuerzo gigantesco, ni se percató siquiera de su triunfo casi milagroso, como nadie había sabido estimar en 1946 el milagro que hizo don José Giral cuando arrancó a las N. U. la condena que todavía pesa sobre el testuz de Franco. ¡Y pensar que para ir a Lake Success en un avión medio-pirata, porque en las líneas regulares no había plaza y costaba demasiado dinero, «como en mis alforjas de San-

cho no había más que unos mendrugos de pan y unas cortezas de queso duro», don Alvaro hubo de tomar la resolución de acudir al crédito personal de un antiguo residente asturiano en E.U., amigo suyo de la infancia!

Y murió pobre, ahora hizo un año, aunque rico de alma, como había vivido. No es que amara la austeridad: «Yo no aspiro a ser asceta —me decía, cuando la escualidez de las alforjas me obligaba a recortar las alas de sus sueños—; sólo aspiro a ser un hombre probó». El día de su muerte había en su casa 14 pesos, y para enterrarlo hubo que rendirse a la generosidad espontánea de un amigo. ¡Después de haber sido cinco años Presidente del Gobierno Republicano en exilio! Si en el mundo hubiera todavía honradez y vergüenza, este solo rasgo bastaría para poner una mordaza de hierro en el belfo baboso de los miserables maledicentes que, después de habernos robado la patria y el patrimonio, pretenden clavar sobre la cruz de nuestro destierro, el INRI de la deshonra, que duele más que la cruz.

Dicen que el gran Papa Gregorio VII, a punto de morir, el año 1085, desterrado, en Salerno, exclamó «He odiado la iniquidad y amado la justicia, por eso muero en el exilio». Así también, cuando en la tumba de don Alvaro se erija un día una estela funeraria, manos piadosas cincelarán un epitafio que diga «Aquí yace don Alvaro de Albornoz: murió desterrado por haber amado a su patria, enseñado la libertad y aborrecido la injusticia».

Obras de don Fernando VALERA

PUBLICADAS

- INTRODUCCION A LA FILOSOFIA.** — Ed. Cuadernos de Cultura. Valencia, 1929. (Agotada.)
- LIBERALISMO.** — Conferencias pronunciadas en la Universidad Popular de Valencia, 1928. Ed. Cuadernos de Cultura. 1930. (Agotada.)
- SALMOS DE LA NOCHE ESPIRITUAL.** — Poesías. Valencia, 1929. (Agotada.)
- MANUAL DEL REPUBLICANO.** — Ed. Tizor. Valencia, 1930. (Agotada.)
- EL PUEBLO EN PIE.** — Discurso pronunciado en la Plaza de Toros de Valencia el 19 de octubre 1930. (Agotada.)
- LA AMNISTIA Y LA LUCHA SOCIAL.** — Discurso pronunciado en el Teatro Apolo de Valencia. Agosto, 1930. (Agotada.)
- DISCIPLINA DE LA LIBERACION.** — Ed. Cuadernos de Cultura. Valencia, 1931. (Agotada.)
- TOPICOS REVOLUCIONARIOS.** — Ensayo crítico de la mitología comunista. Prólogo del Dr. D. Gregorio Marañón. Ed. Aguilar. Madrid, 1932. (Agotada.)
- ALMA REPUBLICANA.** — Tópicos conservadores. Ensayo crítico de la mitología conservadora. Prólogo de D. Diego Martínez Barrio. Madrid, 1935. (Agotada.)
- COMO SE FORJA UNA CONCIENCIA LIBRE.** — Conferencia editada por la Sociedad «El Sitio», de Bilbao, 1933. (Agotada.)
- EL SOLIDARISMO SOCIAL.** — Ed. por la Agrupación Radical Socialista de Madrid, 1932. (Agotada.)
- UNA VOZ REPUBLICANA.** — 2 volúmenes con selección de artículos, conferencias y ensayos sobre la guerra de España, publicados por suscripción popular. Valencia, 1937-38. (Agotada.)
- EN EL UMBRAL DE LA SABIDURIA.** — Ed. Tyrís. México, 1942.
- EL SENDERO INMOVIL.** — Ensayos Filosóficos. Ed. Tyrís. México, 1944.
- VIDA Y OBRA DE DON JUAN VALERA.** — Ed. Orión. México, 1944.
- LOS POETAS MISTICOS DEL ISLAM.** — Versión española y prefacio a la obra de Nicholson. Ed Orión. México. 1945.

TRATADO DEL CONOCIMIENTO DE DIOS. — Estudio sobre Moisés ben Maimón, Maimónides, y selección de La Guía de los descarriados. Ed. Orión, México, 1946.

LA PHILOSOPHIE ESPAGNOLE CONTEMPORAINE. — Ensayo publicado en el «Tableau de la Philosophie Contemporaine» de Weber et Huisman. París, 1956.

TRANSITO DE ORTEGA Y GASSET POR LA ESCENA POLITICA ESPANOLA. — Discurso pronunciado en París, en el primer aniversario de su muerte. Ed. Cuadernos Republicanos. Caracas, 1958.

DIALOGO DE LAS ESPANAS. — Ed. Cuadernos Republicanos. París, 1957.

ESPAÑA ANTE SU DESTINO. — Ed. Cuadernos Republicanos. México, 1957.

PREPARADAS PARA LA IMPRENTA

LOS RELATOS DE TUCIDIDES. — Ed. Biligüe, Texto griego, versión directa al español, con notas filológicas e históricas. Ed. de la Sección de Humanidades de la Universidad Nacional autónoma de México.

FLORILEGIO DEL TERCER ABECEDARIO ESPIRITUAL del P. Francisco de Osuna, selección y estudio preliminar.

LAS PLAGAS DE NUESTRO SIGLO. — «Guerra», «Paro», «Crisis». Madrid, 1936.

FORJANDO UNA CONCIENCIA. — Selección de conferencias culturales, 1930-1936.

DIALOGOS DE ESPAÑA CON DIOS. — Ensayos sobre el sentimiento religioso en España. 1945-1955.

LA FLOR DE VIOLAR. — Romancero.

POR LAS RUTAS DEL DESTIERRO. — Selección de ensayos y conferencias. 1940-1957.

ATALAYA DE LA LIBERTAD. — Selección de artículos de prensa. 1950-1957.

LA ELOCUENCIA EN GRECIA. — Selección y versión directa de las mejores oraciones pronunciadas en lengua griega.

LA ELOCUENCIA EN ROMA. — Idem en lengua latina.

LA ELOCUENCIA EN ESPAÑA. — Idem en lengua castellana.

LA ELOCUENCIA EN FRANCIA. — Idem en lengua francesa.

LA ELOCUENCIA EN ITALIA. — Idem en lengua italiana.

LA ELOCUENCIA EN INGLATERRA. — Idem en lengua inglesa.

DEL ALMA, EL DESTINO Y LA PROVIDENCIA, en la Filosofía de Plotino.